



CASSANDRA CLARE

El Señor de las Sombras

CAZADORES DE SOMBRAS
RENACIMIENTO

LIBRO 2

Emma Carstairs ha descubierto que el amor que siente por su parabatai, Julian Blackthorn, no solo está prohibido, sino que incluso puede destruirlos a ambos. Debe alejarse de él, pero ¿cómo hacerlo justo en el momento en que Julian la necesita más que nunca?

Su única esperanza es el *Libro Negro de los Muertos*, un compendio de hechizos con un terrible poder. Todos lo quieren, pero solo los Blackthorn pueden encontrarlo. Pero para ello deberán retar y vencer la voluntad del imponente Señor de las Sombras...

Para Jim Hill

*Dije: Dolor y pena.
Me contestó: Consévalos. La herida es el
punto
por el que penetra la Luz en ti.*

RUMI

PRIMERA PARTE

El país de los sueños

De Edgar Allan Poe

*Por una senda oscura y solitaria,
por la que rondan solo ángeles malvados,
donde un espectro, llamado Noche,
reina erguido desde un trono negro,
acabo de llegar a estas tierras,
desde una tenebrosa última Thule,
desde un feroz clima extraño que se halla, sublime,
fuera del Espacio, fuera del Tiempo.*

*Valles sin fondo y riadas sin freno,
y abismos, y cuevas, y bosques titánicos,
con formas que ningún hombre puede descubrir,
entre los rocíos que por doquier gotean:
montañas que por siempre se desmoronan
en los mares sin orilla.*

*Mares que incesantemente aspiran,
alzándose, hacia los cielos de fuego;
lagos que sin cesar extienden
sus quietas aguas, quietas y heladas
con las nieves del lirio marchito.*

Por los lagos que así extienden

*sus solitarias aguas, solitarias y muertas,
sus tristes aguas, tristes y heladas
con las nieves del lirio marchito,
por las montañas, junto al río
murmurando lentamente, siempre murmurando,
por los bosques grises, por los pantanos
donde el sapo y el tritón acampan,
por las espantosas lagunas y charcos,
donde habitan los demonios necrófagos,
de todos los lugares el más impío,
en todo recodo, más melancólico.*

*Ahí, el viajero se encuentra espantado
jirones de recuerdos del pasado,
siluetas amortajadas que vagan y suspiran
mientras pasan ante el caminante,
formas en sudarios blancos de amigos cedidos tiempo
ha,
en agonía, a la Tierra y al Cielo.*

*Para el corazón que carga con mil pesares
es una región tranquila y relajante,
para el espíritu que camina entre sombras
¡oh, es Eldorado!*

*Pero el viajero que lo atraviesa
puede que no ose verlo abiertamente;
nunca sus misterios se revelan
al ojo humano abierto;
igual que su Rey, que ha prohibido
alzar el párpado orlado;
y así el Alma triste que transita
solo lo contempla tras cristales velados.*

*Por una senda oscura y solitaria,
por la que rondan solo ángeles malvados,
donde un espectro, llamado Noche,*

*reina erguido desde un trono negro,
acabo de llegar a casa
desde esa tenebrosa última Thule.*

1

AGUAS QUIETAS

Hacía muy poco que Kit sabía lo que era un mayal, pero en ese momento, colgando por encima de su cabeza, había un estante lleno de ellos, relucientes, cortantes y letales.

Nunca había visto nada igual a la armería del Instituto de Los Ángeles. Las paredes y los suelos eran de granito plateado, e islas de ese mismo material se alzaban a intervalos por todas partes, lo que hacía que la sala pareciera la exposición de armas y armaduras de algún museo. Había cayados y mazas, bastones de paseo de ingenioso diseño, collares, botas y chaquetas acolchadas que escondían finos puñales para acuchillar y lanzar, manguales cubiertos de terribles púas y ballestas de todos los tipos y tamaños.

Las islas de granito estaban tapadas por pilas de relucientes instrumentos fabricados en *adamas*, la sustancia parecida al cuarzo que los cazadores de sombras arrancaban de la tierra y que solo ellos sabían cómo convertir en espadas, puñales y estelas. Pero a Kit le interesó más el estante donde se hallaban las dagas.

No era que tuviera ningún deseo particular de aprender a usar una daga; nada aparte del interés normal que, suponía, la mayoría de los adolescentes tenía por las armas, pe-

ro incluso así, habría preferido que le dieran una ametralladora o un lanzallamas. Pero esas dagas eran puro arte; las empuñaduras con incrustaciones de oro, plata y piedras preciosas: zafiros azules, rubís cabujones, brillantes dibujos de espinas grabadas en platino y diamantes negros.

Se le ocurrían al menos tres personas en el Mercado de Sombras que se las comprarían por una buena cantidad de dinero sin hacer preguntas.

Quizá hasta cuatro.

Kit se quitó la chaqueta vaquera que llevaba (no sabía a cuál de los Blackthorn habría pertenecido antes. A la mañana siguiente de su llegada al Instituto se había despertado con una pila de ropa recién lavada esperándolo a los pies de la cama) y se puso una chaqueta acolchada. Captó de reojo su imagen en el espejo del fondo de la sala. Pelo rubio mal cortado, los últimos moretones que iban desapareciendo de su pálida piel. Abrió la cremallera del bolsillo interior de la chaqueta y comenzó a llenarlo de dagas envainadas, escogiendo las que tenían las empuñaduras más bonitas.

La puerta de la armería se abrió de pronto. Kit dejó caer sobre el estante la daga que sujetaba y se volvió a toda prisa. Pensaba que había salido de su dormitorio sin que nadie lo notara, pero si algo había aprendido durante su corta estancia en el Instituto, era que Julian Blackthorn se daba cuenta de todo, y sus hermanos y hermanas no le iban a la zaga.

Pero no era Julian. Se trataba de un hombre joven al que Kit no había visto nunca, aunque algo en él le resultaba familiar. Era alto, con el cabello rubio alborotado y la constitución de un cazador de sombras: hombros anchos y brazos musculosos, con las líneas negras de la Marcas rúnicas con que se protegían asomándole por el cuello y los puños de la camisa.

Sus ojos eran de un raro color dorado oscuro. Llevaba un anillo de plata pesado en un dedo, al igual que muchos

otros cazadores de sombras. Miró a Kit alzando una ceja.

—Te gustan las armas, ¿verdad? —le preguntó.

—Están bien. —Kit retrocedió un poco hacia una de las mesas, esperando que las dagas del bolsillo no tintinearan y lo delatasen.

El hombre se acercó al estante que Kit había estado revolviendo y cogió la daga que él había dejado caer.

—Has escogido una muy buena —dijo—. ¿Ves la inscripción del mango?

Kit no la veía.

—Fue hecha por uno de los descendientes de Wayland *el Herrero*, quien forjó a *Durendal* y a *Cortana*. —El hombre hizo rodar la daga entre los dedos antes de volver a dejarla en el estante—. No son tan extraordinarias como *Cortana*, pero son dagas que siempre regresarán a tu mano después de que las lances. Muy conveniente.

Kit carraspeó para aclararse la garganta.

—Deben de valer mucho —comentó.

—Dudo que los Blackthorn quieran venderlas —replicó el hombre con sequedad—. Soy Jace, por cierto. Jace Herondale.

Hizo una pausa. Parecía estar esperando alguna reacción, pero Kit estaba decidido a no mostrar ninguna. Conocía el nombre de Herondale, claro. Parecía que era la única palabra que todos le habían dicho en las dos últimas semanas. Pero no quería darle a ese hombre, a Jace, la satisfacción que evidentemente buscaba.

Jace pareció indiferente al silencio de Kit.

—Y tú eres Christopher Herondale.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Kit, intentando mantener una voz neutra y sin entusiasmo. Odiaba el nombre Herondale. Odiaba esa palabra.

—Aire de familia —contestó Jace—. Nos parecemos. De hecho, te pareces a los retratos de un montón de Herondale que he visto. —Calló un momento—. Además, Emma me envió una foto tuya al móvil.

Emma. Emma Carstairs le había salvado la vida a Kit. Desde entonces no habían hablado mucho; después de la muerte de Malcolm Fade, el Mago Supremo de Los Ángeles, todo había resultado un caos. Él no había sido la prioridad de nadie, y además tenía la sensación de que Emma lo consideraba solo un crío.

—Muy bien. Soy Christopher Herondale. La gente no para de decírmelo, pero para mí no significa nada. —Kit alzó el mentón—. Soy un Rook. Kit Rook.

—Sé lo que te dijo tu padre. Pero eres un Herondale. Y eso significa algo.

—¿Qué? ¿Qué significa? —quiso saber Kit.

Jace se apoyó en la pared de la armería, justo bajo los pesados mandobles. Kit deseó que se le cayeran en la cabeza.

—Sé que sabes de la existencia de los cazadores de sombras —repuso Jace—. Mucha gente los conoce, sobre todo los subterráneos y los mundanos con la Visión. Uno de ellos es lo que creías que eras, ¿verdad?

—Nunca pensé que fuera un «mundano» —replicó Kit. ¿Acaso los cazadores de sombras no se daban cuenta de lo mal que sonaba esa palabra?

Pero Jace no le hizo caso.

—La sociedad y la historia de los cazadores de sombras... son cosas que la mayoría de la gente que no es nefilim ignora. El mundo de los cazadores de sombras está formado por familias, cada una con un nombre que ama y mantiene. Cada familia tiene una historia que transmitimos a las sucesivas generaciones. Durante toda la vida, cargamos con el peso y la gloria de nuestro nombre, lo bueno y lo malo que nuestros antepasados hicieron. Tratamos de honrar nuestro nombre para aligerar el peso de los que vengan tras nosotros. —Cruzó los brazos sobre el pecho. Tenía las muñecas cubiertas de Marcas; en el dorso de la mano izquierda había una que era como un ojo abierto. Kit se había fijado en que todos los cazadores de sombras pa-

recían tenerla—. Entre los cazadores de sombras, el apellido posee un gran significado. Los Herondale han sido una familia que ha marcado el destino de los cazadores de sombras durante generaciones. No quedamos muchos; todos pensábamos que yo era el último. Jem y Tessa eran los únicos que estaban convencidos de que tú existías. Te han estado buscando durante mucho tiempo.

Jem y Tessa. Junto con Emma ayudaron a Kit a escapar de los demonios que habían asesinado a su padre. Y le contaron una historia: la historia de un Herondale que traicionó a sus amigos y huyó para comenzar una nueva vida lejos de los otros nefilim. Una nueva vida y una nueva familia.

—He oído hablar de Tobias Herondale —replicó Kit—. Así que soy el descendiente de un gran cobarde.

—Las personas no son perfectas —dijo Jace—. No todos los miembros de tu familia son extraordinarios. Pero cuando vuelvas a ver a Tessa, y lo harás, ella te podrá hablar de Will Herondale. Y de James Herondale. Y de mí, claro —añadió con modestia—. Entre los cazadores de sombras, soy muy importante. No lo digo para intimidarte.

—No me siento intimidado —espetó Kit, y se preguntó si ese tipo iba en serio. Había un brillo en los ojos de Jace mientras hablaba que indicaba que quizá no se estuviera tomando demasiado en serio todo lo que le decía, pero no podía estar seguro—. Lo que siento son ganas de que me dejéis en paz.

—Ya sé que hay mucho que asimilar —contestó Jace, y le dio una palmadita en la espalda—. Pero Clary y yo estaremos aquí mientras nos necesites para...

El gesto hizo saltar una de las dagas que Kit llevaba en el bolsillo. Cayó al suelo resonando, entre sus pies, parpadeando desde el suelo de granito como un ojo acusador.

—Bien —dijo Jace en el silencio que siguió—. Así que estás robando armas.

Kit, que sabía que negarlo no tendría ningún sentido, no respondió.

—De acuerdo; mira, ya sé que tu padre era un sinvergüenza, pero ahora tú eres un cazador de sombras y... Espera, ¿qué más tienes en la chaqueta? —exigió saber Jace. Con un movimiento algo complicado del pie izquierdo hizo saltar la daga por el aire. La cogió limpiamente, los rubís de la empuñadura salpicando luz—. Quítatela.

En silencio, Kit se quitó la chaqueta y la tiró sobre la mesa. Jace le dio la vuelta y abrió el bolsillo interior. Ambos miraron el brillo de las hojas y las piedras preciosas.

—Entonces —continuó Jace—, querías escaparte, supongo.

—¿Y para qué voy a quedarme? —estalló Kit. Sabía que no debía hacerlo, pero no pudo evitarlo; era demasiado: la pérdida de su padre, su odio por el Instituto, la petulancia de los nefilim, sus exigencias para que aceptara un apellido que no le importaba en absoluto y del que no quería ser portador—. Este no es mi sitio. Puedes soltarme todo ese rollo sobre mi familia, pero no significa nada para mí. Soy el hijo de Johnny Rook. Toda mi vida me he preparado para ser como mi padre, no como tú. No te necesito. No os necesito a ninguno de vosotros. Lo único que necesito es algo de dinero para montar mi propio tenderete en el Mercado de Sombras.

Jace entrecerró sus ojos dorados y, por primera vez, Kit vio, bajo la fachada de arrogancia y empatía, el brillo de una inteligencia muy aguda.

—¿Para vender qué? Tu padre vendía información. Le costó años, y un montón de mala magia, conseguir todos sus contactos. ¿Quieres vender tu alma del mismo modo, para poder ir malviviendo en los límites del mundo de los subterráneos? ¿Y qué hay de lo que mató a tu padre? Tú lo viste morir, ¿no?

—Demonios...

—Sí, pero alguien los envió. Quizá el Guardián esté muerto, pero eso no significa que no haya nadie que ande buscándote. Tienes quince años. Quizá pienses que querías morir, pero créeme..., no quieres hacerlo.

Kit tragó saliva. Trató de imaginarse a sí mismo detrás del mostrador de un tenderete en el Mercado de Sombras, como lo había estado haciendo los últimos días. Pero lo cierto era que siempre se había sentido seguro allí porque iba con su padre. Porque la gente le tenía miedo a Johnny Rook. ¿Qué sería de él sin la protección de su padre?

—Pero no soy un cazador de sombras —insistió Kit. Miró por toda la sala, a los millones de armas, los montones de *adamas*, los trajes de combate, los protectores de cuerpo y los cinturones de armas. Era ridículo. Él no era ningún ninja—. Ni siquiera sabría cómo empezar a serlo.

—Espera una semana más —respondió Jace—. Otra semana aquí, en el Instituto. Pruébalo. Emma me contó que venciste a esos demonios que mataron a tu padre. Solo un cazador de sombras podría hacer eso.

Kit apenas recordaba haber luchado contra los demonios en casa de su padre, pero sabía que había sido así. Su cuerpo se hizo con el control y luchó, e incluso, de un modo extraño y oculto, creía haber disfrutado.

—Es lo que eres —continuó Jace—. Eres un cazador de sombras. Eres en parte ángel. Tienes la sangre de los ángeles en las venas. Eres un Herondale, lo que, por cierto, no solo significa que formas parte de una bella familia, sino que además perteneces a un linaje que posee muchas propiedades valiosas, incluidas una mansión en Londres y una casa señorial en Idris, de las cuales seguramente te corresponde una parte.

Kit miró el anillo que Jace llevaba en la mano izquierda. Era de plata, pesado, y parecía muy antiguo. Y valioso.

—Te escucho.

—Lo único que digo es que esperes una semana. Después de todo —Jace sonrió de medio lado—, los Heronda-

le nunca se resisten a un buen reto.

—¿Un demonio Teuthida? —preguntó Julian a través del teléfono, frunciendo las cejas—. Eso es como una sepia, ¿no?

Pudo oír la respuesta: Emma reconoció la voz de Ty, pero no captó sus palabras.

—Sí, estamos en el muelle —continuó Julian—. Aún no hemos visto nada, pero acabamos de llegar. Es una pena que no haya por aquí plazas de aparcamiento reservadas para los cazadores de sombras...

Mientras le prestaba solo una parte de su atención a la voz de Julian, Emma miró a su alrededor. El sol acababa de ponerse. Siempre le había gustado el muelle de Santa Mónica; ya desde muy pequeña, cuando sus padres la llevaban allí para jugar al hockey de mesa y montarse en la vieja noria. Le encantaba la comida basura: hamburguesas y batidos de leche, almejas fritas y piruletas gigantes de colores en espiral. Y el Pacific Park, el antiguo parque de atracciones en el extremo del muelle, sobre el océano Pacífico.

Durante años, los mundanos habían invertido millones de dólares en remodelar el muelle para convertirlo en un reclamo turístico de la ciudad. El Pacific Park tenía muchas atracciones nuevas y relucientes; los viejos carritos de churros ya no estaban, y habían sido sustituidos por helados artesanos y bandejas de langostas. Pero los tablones de madera bajo los pies de Emma seguían curvados y curtidos por años de sol y salitre. El aire seguía oliendo a azúcar y a algas. La noria seguía llenando el espacio con su música mecánica. Seguía habiendo juegos en los que se lanzaban monedas y se podía ganar un panda de peluche gigante. Y seguía habiendo oscuridad bajo el muelle, donde se hallaban mundanos sin rumbo y, a veces, cosas más siniestras.

Eso era lo que tenía ser cazador de sombras, pensó Emma mientras contemplaba la enorme noria decorada con